

El desafío imposible

Características y límites del movimiento independentista catalán

No voy a entrar aquí en las múltiples causas que condujeron, a partir de 2012, a la construcción de un enorme movimiento independentista en Cataluña. Mucho se ha escrito sobre esta cuestión y yo misma lo hice en el artículo “Cataluña: una utopía disponible”, en el número 6 de La maleta de Portbou. Noviembre 2017: se cierra una etapa en el llamado “procés” independentista. y no sabemos aún como va a continuar su evolución; han pasado muchas cosas en los últimos dos meses, las acciones del independentismo y del gobierno de la Generalitat se han convertido en noticia mundial y han conducido a situaciones peculiares, que tal vez no podíamos ni imaginar hace unos años. Por ello me parece que es el momento de analizar algunas características de este movimiento social, distinto, en muchos aspectos, a los que han generado otras causas. Un movimiento de una gran potencia, pero, al mismo tiempo, con unos claros límites. Así que no me referiré tanto a los hechos que han ido sucediéndose, por otra parte muy conocidos tanto en Cataluña como en España, sino más bien al propio movimiento, a su composición y a las características de sus modos de acción, en lo que se ha podido captar desde su exterior.

Resumiendo la situación en que surge: la crisis provocó un gran malestar en Cataluña, tanto por lo que implicaba de pérdida de bienestar y seguridad como por el tratamiento que le dio el gobierno del PP. Y ello provocó a su vez un enorme deseo de renovación, de ruptura con el pasado y de cambio en las formas de vida; el movimiento del 15 M, por ejemplo, fue una muestra de ello, y de cómo una generación joven se incorporaba de pronto a la acción política, después de años de alejamiento de ella y de creciente individualismo.

Este afán de renovación y de cambio social hubiera podido cristalizar en proyectos varios; por una serie de razones que ya expuse en un artículo anterior, se concentró en un proyecto único: el de la independencia de Cataluña, con el añadido, algo posterior, de la propuesta de una República, que de hecho nunca fue el objetivo principal, pero que era casi obligatorio en el proyecto de separación de España. Una independencia que ya había sido planteada por Esquerra Republicana pero que seguía siendo, hasta aproximadamente 2011, una opción minoritaria en la sociedad catalana.

A partir de 2011-2012 se produce un salto, una ruptura con las estrategias del pasado y una nueva manera de plantear la independencia. ¿Qué motivó estos cambios? En parte, la necesidad de recomponer la estrategia de CIU, acosada por su política de recortes en los ámbitos sociales y por las crecientes sombras sobre los hechos de la familia Pujol. E indudablemente también por el peligro que suponía la aparición de un movimiento como el 15M, que podía marcar un giro en la hegemonía de Cataluña. El impulso dado desde CIU y ERC a las dos organizaciones de la sociedad civil que han dirigido el movimiento independentista durante todos estos años es evidente, aunque sus detalles nunca se han hecho públicos. Pero lo extraordinario no es que un

movimiento social fuera planteado desde instancias cercanas al gobierno, aunque ello ya es, en sí mismo, un tanto excepcional. Lo extraordinario es que haya prendido como lo ha hecho y que en tan poco tiempo se haya convertido en un movimiento amplísimo, que en muchos momentos ha superado a los aprendices de brujo que lo idearon y que ha movilizado aproximadamente a la mitad de la sociedad catalana con un empuje y una resolución totalmente fuera de lo común.

La composición social del independentismo

Sabemos poco de la composición social del independentismo, pero algunas hipótesis son posibles. Es, evidentemente, un movimiento muy transversal, pero con un peso específico mayor en algunos sectores y menor en otros. En términos de edades, es básicamente un movimiento de personas jóvenes: adultos jóvenes, parejas en torno a la treintena y cuarentena; pero también más jóvenes, incluso estudiantes de secundaria, aunque estos se han ido sumando más tarde. Y algún sector mayor, no tan numeroso pero interesante: grupos de personas que vivieron la guerra o el franquismo para quienes la transición se quedó corta, puesto que nunca se recuperó todo lo que se había perdido en la guerra.

En términos de clases sociales, hay dos sectores muy ampliamente presentes en el independentismo: la clase media de origen autóctono y la clase trabajadora de la Cataluña profunda. La participación en el referéndum del 1 de octubre, aun cuando se produjo en unas circunstancias que pueden haber alterado los resultados por razones diversas, nos da una idea de la intensidad del independentismo en diversas zonas del país. En efecto, destaca por una participación máxima el Priorato, con más de un 85% de votantes. Le siguen otras cuatro comarcas que se sitúan por encima del 70%: el Moianès, el Berguedà, la Conca de Barberà i el Pallars Sobirà. En el otro extremo, entre las comarcas con menor número de participantes en el referéndum, están, en primer lugar, el Aran y el Tarragonès, que no llegan al 30%, y a continuación el Baix Llobregat, el Baix Penedès, el Barcelonès y el Baix Camp, todas ellas por debajo del 40% de participación, al igual que la ciudad de Barcelona, con 39,28% de votantes. Algunas ciudades del entorno metropolitano presentan registros especialmente bajos: Santa Coloma de Gramanet, con tan sólo el 20,93% o Cornellà con un 21,79% muestran hasta qué punto la adhesión al independentismo sigue marcada por el origen geográfico, por antiguo que sea. A pesar de las reservas que se pueden oponer a estos datos, teniendo en cuenta la represión y las extrañas circunstancias que envolvieron el referéndum del 1 de octubre, la intensidad del independentismo en comarcas de la Cataluña interior es evidente; la complejidad de la composición social en zonas más urbanas, especialmente en Barcelona, Baix Llobregat y Tarragona, se hace también evidente.

¿Qué expresan estos diferentes grupos a través del independentismo? Probablemente reivindicaciones muy dispares, pero que no han llegado a concretarse. Por supuesto hay un elemento común, la sensación de humillación, el enorme descontento respecto del gobierno central y de cómo el PP y también el PSOE han utilizado a Cataluña para agrupar a sus votantes y obtener réditos electorales. Pero también, probablemente, un descontento más general que procede de la crisis, de la falta de perspectivas progresistas y del deterioro de la situación social que se está manifestando en los

últimos años. Deterioro que no afecta a todos por igual. Los empresarios pequeños y medios, base de CIU durante tantos años, están perdiendo posiciones económicas, devorados por las grandes corporaciones que los utilizan y los desechan sin contemplaciones. La clase media profesional retrocede también en sus posiciones, se empobrece y, sobre todo, pierde las perspectivas de mejora; sobre todo su franja más joven, que no logra insertarse adecuadamente en el mercado de trabajo. El mundo campesino se bate por subsistir, con enormes dificultades y pocas ayudas; son sectores que en algún momento fueron penetrados por el PSC, pero que, en general, no han tenido desde hace años otro anclaje político que el catalanismo, la identidad nacional, acentuada aun por la llegada de inmigrantes muy diversos. Sólo la clase trabajadora de raíz española se encuentra en su mayoría al margen de una reivindicación que no siente como propia sino más bien como una posible amenaza.

En cualquier caso, es difícil definir las componentes concretas de las reivindicaciones, puesto que sólo existe un objetivo principal, para el que se construyó un relato ad hoc extraordinariamente curioso. A partir de 2012 ya no se trata de moverse en el tira y afloja habitual entre partidos, en el de los avances y retrocesos dentro del marco constitucional, sino de algo muy distinto: la independencia. Un objetivo que, a medida que pasa el tiempo y no obtiene ninguna satisfacción, va dejando de plantearse resolver los problemas económicos, sociales o culturales de Cataluña y se concentra en un proyecto único: romper con España. Y ello no admite grados, ni avances relativos; inicialmente aún se proponen soluciones intermedias, con las entrevistas de Mas y Rajoy. El fracaso de estas negociaciones, que no llegaron a nada, marca el fin de la voluntad negociadora: se acabaron los intentos de soluciones intermedias, se acabó el repetido intento secular de tratar de cambiar España para poder cambiar Cataluña. Se instala la lógica del todo o nada, aunque en realidad, no se contempla otra posibilidad que la obtención del todo. Se establece así lo que consideré desde el primer momento como un desafío imposible, pero al mismo tiempo se realiza un esfuerzo titánico para demostrar que no sólo no es imposible, sino que su posibilidad está al alcance de la mano.

El desafío imposible

En efecto, desde mi punto de vista, se trata de un desafío imposible, perdido de antemano. Cataluña no tiene, en los años de crecimiento del independentismo, ninguna posibilidad de llegar a ser un país independiente a corto plazo. ¿Por qué razón? Porque el gobierno español está totalmente en contra y dispone de todos los medios coercitivos, de los que Cataluña carece, para imponer su voluntad. Y porque Cataluña no tiene tampoco aliados exteriores que apuesten por su independencia; antes al contrario, la situación mundial no es en este momento favorable a este tipo de rupturas, que en cierto modo son vistas como secesiones de zonas ricas que quieren desmarcarse de la solidaridad con sus convecinos. Esta situación era evidente para alguien que conociera mínimamente la lógica de los conflictos políticos y la evidencia de las relaciones de fuerzas que se plantean en ellos. Y sin embargo, fue planteada, e incluso proclamada y estimulada por muchos intelectuales acostumbrados a los análisis políticos y sociales.

Recuerdo que, después de que el Tribunal Constitucional, en 2010, anulara varios de los puntos del Estatuto de Cataluña aprobado en 2006, oí a uno de los ideólogos del independentismo hacer el razonamiento siguiente: ¿Por qué seguir insistiendo en el Estatuto? ¿No lo quieren? Pues bien, dejémonos de monsergas y vamos directamente a la independencia! Un razonamiento que me dejó estupefacta: alguien que no ha sido capaz de saltar una altura de metro cincuenta se propone saltar tres metros, sin pasar por ninguna mediación. Va contra todo sentido común, desde mi punto de vista, y por lo tanto sólo puede sustentarse en el pensamiento mágico. Un pensamiento mágico que he visto utilizar en otros contextos sociales y que tiene su funcionalidad en determinados casos, cuando el sujeto sabe perfectamente que no puede alcanzar sus objetivos a través de un proceso racional anclado en la realidad, pero la ilusión es tan potente que no puede tampoco renunciar a tales objetivos. Como las gentes de barrios obreros que en los años ochenta compraban segundas residencias sabiendo que no podían pagarlas, pero se dejaban arrastrar por unas ofertas deslumbrantes. Recuerdo haber entrevistado a varias familias en esta situación y haber comprendido la profunda racionalidad de sus razones aparentemente ingenuas: “Yo sé que no puedo comprar esta casa, pero tal como me lo cuentan, parece que hay una posibilidad. ¿Por qué no intentarlo, con la ilusión que nos hace? Probablemente acabaré sin la casa y perdiendo el dinero, pero de otro modo tengo que renunciar ya, y ¡quién sabe, igual tengo suerte y lo consigo!

El pensamiento mágico, o la lógica de la ilusión

Efectivamente, a veces el único camino posible para hacer realidad una gran ilusión es la magia. Aun sabiendo que la magia tiene inmensos fallos, que suele implicar un salto en el vacío.

Pues bien, esta ha sido la lógica del independentismo: subir tanto el listón, que cualquier cálculo basado en el principio de realidad fuera imposible, construir un relato paralelo a la realidad y negar cualquier referencia a esta como si se tratara de una traición. Un tipo de operación que, en general, tiene muy escaso éxito entre la población, y especialmente entre la población catalana, dado el fuerte componente de realismo y sentido práctico que impera en nuestra cultura. Pero que ocasionalmente, y en función de la coyuntura, puede prender fuertemente entre la población y convertirse, como en este caso, en un movimiento extraordinariamente amplio y persistente, un movimiento que ha ido adquiriendo unas características propias, menos vinculadas a las de otros movimientos de carácter político que a los que responden a razones religiosas o emocionales.

La construcción de una realidad paralela es posiblemente el dato más llamativo del llamado “procés”. Desde el inicio la reivindicación tiene una única palabra: “Independencia”. No hay matices, ni otras demandas, ni objetivos intermedios. Aparentemente no hay tampoco obstáculos: se basa en “yo lo quiero ya” y “el derecho a decidir” Y ello conlleva una negación cada vez más profunda del entorno, de los obstáculos políticos, las opiniones adversas, las objeciones basadas en datos de la realidad. El término “independencia” se convierte en un mantra, en una especie de amuleto que permite reconocer a los iniciados y distinguir a los militantes de la causa de los no militantes, vistos estos con recelo y tratados, según los momentos, como

“traidores” o con la amabilidad que requiere un posible neófito, necesario porque en algún momento habrá que contar votos.

El relato básico del independentismo tiene múltiples aspectos, pero se sustenta sobre todo en algunos puntos supuestamente favorables: por una parte, no es posible negar la oposición del gobierno del Estado y las posiciones contrarias a la independencia del PP, Ciudadanos y PSOE, abiertamente expresadas en tantos momentos. Es obvio que el Estado actuará reprimiendo; y sin embargo, todo en el discurso tiende a minimizar tal peligro, hasta el punto que frente a la violencia del 1 de octubre surgió una cierta perplejidad. Alguien que había ostentado un alto cargo en el gobierno llegó a decirme “Nadie nos había avisado de que esto pudiera llegar a ocurrir”. Pero por otra parte, a esta evidencia se contraponen lo que aparece como una certeza: la Unión Europea defenderá a Cataluña, no dejará que se produzca ningún tipo de agresión. ¡Cataluña, una de las democracias más antiguas de Europa, uno de los países más europeístas! Este fue, durante bastante tiempo, el argumento fuerte para creer en la posibilidad de la independencia: estamos en otro tiempo, la violencia de Estado ya no es posible, Europa nos defiende. A medida que fue emergiendo la realidad y fue haciéndose patente la posición de Europa, totalmente contraria a cualquier tipo de ruptura dentro de los Estados que la componen –algo que, por otra parte, estaba claro desde el comienzo para quien no participara de la fe independentista- la consigna que se impone es no hablar de ello, seguir confiando en Europa. Cualquier objeción recibe de inmediato la réplica “Hablas como Rajoy”. Todo menos destruir la lógica del relato paralelo.

Por inverosímil que pueda parecer, esta construcción ideológica, asentada sobre el descontento, el agravio, el desafío que fue planteando la actitud del gobierno del Estado, ha llegado a tener un extraordinario poder que se ha mantenido por varios años, hasta llegar al paroxismo de septiembre-octubre de 2017. Hay en él mucho de la posición estoica: “nadie puede hacerme esclavo si en mi interior yo soy libre”. “Nadie puede hacerme español si yo sé que no lo soy”, “ya no estamos en España”, etc., lo cual corresponde a lo que sienten muchos independentistas. España ya no existe más que como una amenaza, un enemigo que me es ajeno y que pronto quedará borrado del mundo real. Ello permite adentrarse en el universo paralelo que construye su lógica implacable, de modo que acaba negando toda realidad que apunte a otras posibilidades. El propio independentismo se va aislando y construyendo los antídotos contra toda objeción que pueda destruir la ilusión, ampliamente alimentada, por otra parte, por el rápido crecimiento del movimiento y los éxitos que alcanza en las manifestaciones del 11 de septiembre entre 2012 y 2017.

La amplitud y firmeza de ese relato paralelo y compartido llega a tener tanta fuerza que parece arrastrar a la mitad de la población de Cataluña, anulando simbólicamente cualquier obstáculo que pueda presentarse, desde la acción del Estado hasta la soledad que va apareciendo a medida que el mundo va pronunciándose sobre la demanda de independencia de Cataluña. Hasta el punto que, en septiembre y octubre de 2017 es capaz de instalar una situación esquizofrénica, especialmente a partir de algunos de sus líderes, como Junqueras y Puigdemont: “Referéndum o referéndum”: no hay alternativa a nuestra voluntad. Frente a la prohibición del referéndum por parte del gobierno del estado: “Votarem”, repetido hasta la saciedad por los líderes y

coreado por millones de personas. Las amenazas se multiplican, y ello enardece al independentismo; hay un doble discurso, como si realmente existiera una doble realidad; el desafío se concreta, pasa por realizar el referéndum prohibido por el gobierno español, por burlar su vigilancia y sus persecuciones. Se inician unos días de juego al ratón y al gato, con acciones cada vez más pueriles, la patética búsqueda de urnas y papeletas por parte de la guardia civil, enfrentada a una voluntad inmensa de mostrar que las amenazas no podrán materializarse y que nada puede un estado frente a una multitud decidida a resistir. Hasta el final –por el momento- una declaración de independencia y de república que no eran ya sino un brindis al sol, puesto que la realidad estaba a punto de imponerse en forma de tremenda represión. La puerta abierta que pareció haber sido la independencia, que podía sacar a Cataluña del marasmo de la crisis y de un gobierno central corrupto y desacreditado resultó no ser sino una puerta pintada, no una escapatoria real. El independentismo se estrelló, a finales de octubre, contra el muro cerrado de la España de siempre. Ahora – principios de noviembre 17- no sabemos aún si sobrevivirá al choque, si logrará recomponer sus fragmentos, si los utilizará para mantener el desafío imposible y emprender una nueva etapa en su objetivo. Ni tampoco sabemos aún las consecuencias de todo ello, aunque las perspectivas son oscuras y el conflicto tanto interno como externo parece lo más probable.

Algunas precauciones

De todos modos, la construcción del relato no se hace de forma espontánea. Existen límites que imponen precauciones: se han evitado determinadas afirmaciones y han existido aspectos en los que los dirigentes han sido muy cautos.

El primero de ellos: el independentismo no podía basarse en una reivindicación de la identidad catalana. Elemental: existe todavía hoy en Cataluña una mayoría de personas cuya lengua materna es el castellano; también una proporción creciente de personas que se consideran bilingües, de modo que la amplitud de quienes declaran que su primera lengua es el catalán es del orden de un 32%. Basar la voluntad de independencia en la diferencia lingüística hubiera sido una catástrofe, y de hecho, desde el principio se declaró que catalán y castellano iban a ser lenguas oficiales en la nueva república. Cuando, en un momento dado, un grupo de lingüistas trató de reivindicar el catalán como única lengua en el nuevo contexto, los políticos gritaron horrorizados y les mandaron callar. Y con razón: bastante difícil era ya la operación que se intentaba como para poner obstáculos a la población de origen castellano-parlante.

Pero no sólo en relación a la lengua se tomaron precauciones: también en otros aspectos identitarios. Nada de pedir ocho apellidos catalanes –algo que hubiera excluido a la gran mayoría de los propios independentista- ni de invocar costumbres ni tradiciones patrias. La historia tampoco ha sido invocada, con la gran excepción de los hechos de 1714, base y fundamento del contencioso con España y ampliamente rememorado al coincidir estos años con su trescientos aniversario.

El independentismo no se presentaba, en este sentido, como una reivindicación de la nación histórica, sino que se orientó como un proyecto de futuro, abierto a todo tipo de

población que llegara a Cataluña. En principio, ello no era excesivamente difícil; ya en la transición se generalizó la definición de quienes son los catalanes: las personas que viven y trabajan en Cataluña. Por lo tanto no se trataba de reivindicar el lugar de origen, sino la voluntad de convivencia conjunta, especialmente en una etapa en que la crisis ha golpeado sobre todo a la clase trabajadora y en que el gobierno del PP se presenta como un gobierno indigno y corrupto. Formular una alternativa, que, construida desde Cataluña, obviara los límites impuestos por el gobierno español, era una posibilidad de aglutinar a gran parte de la población, por lo menos inicialmente.

Ahora bien, si la idea de construir un proyecto colectivo que pudiera entusiasmar a nativos e inmigrantes parecía atractiva, las dificultades reales hicieron que pronto se renunciara a ella. En efecto, este proyecto no hubiera podido eludir definirse en torno el eje mayor de la política: el eje derecha/izquierda. De inmediato se vio que ello dividiría al independentismo, que comprendía a una gran parte de los votantes de CIU, de ERC y a la CUP. El pacto para llegar al gobierno después de las elecciones de 2015 fue complicado y se saldó con la salida de Artur Mas como condición para el apoyo de las CUP; era evidente que el único proyecto conjunto realizable era el de una república independiente; cualquier otra precisión sobre el futuro era impensable entre tales socios. De modo que toda concreción política posterior quedó en el aire; “ahora la independencia, luego ya hablaremos de ello”. Lo cual permitía intuir: “después ya nos peharemos”. Pero indudablemente, esta falta de concreción política ha sido también un lastre que ha impedido sumar a otros posibles grupos de población, dado que aunque fuera sin decirlo, acababa situándose estrictamente sobre el eje Cataluña/España, y por tanto del nacionalismo, y no sobre el de las desigualdades sociales. Aunque nunca se pudo contar de manera fiable el peso de cada grupo – independentistas, unionistas, y un grupo intermedio que propone soluciones menos drásticas que la independencia- todo lleva a pensar que desde 2015 no se han producido grandes variaciones en la amplitud de cada una de estas opciones, puesto que no se han añadido matices que hayan podido ocasionar adhesiones o rechazos a los objetivos del “procés”.

Y ahora

El resultado de los hechos de octubre no ha podido ser más nefasto: una declaración de república independiente que se acaba calificando de simbólica, la imposición del 155 por parte del gobierno Rajoy, el encarcelamiento de parte del gobierno catalán y de los líderes más visibles de la sociedad civil, la huida del presidente y parte de su gobierno, la amenaza de su posible extradición; y, más allá de todo ello, la enorme división de la sociedad catalana, la movilización del anti independentismo tanto dentro como fuera de Cataluña, con una dureza que llega a veces a la violencia, el cansancio y hartazgo de esta constante tensión, las divisiones internas en las familias, en los trabajos, en los grupos de amistades. A lo que hay que sumar el descalabro económico de las empresas deslocalizadas y la incertidumbre de lo que nos reserva el futuro, con unas elecciones impuestas por el gobierno estatal en las que todo parece apuntar a que se va a mantener la división.

La magia no ha funcionado. El choque con la realidad se ha producido, y ha dejado un panorama triturado. Las explicaciones son penosas: ¿Ingenuidad, mentira calculada, desconocimiento de la realidad?

Han comenzado las deserciones, pero sin embargo, el sueño del independentismo parece mantenerse en un sector amplísimo, tan fuerte ha sido la potencia del relato, del desafío y de la movilización. Esta vez no hemos saltado los tres metros, pero alguien está inventando un nuevo comienzo en el que se podrá volver a intentar. Y esta vez si vamos a lograrlo...! La "rauxa" catalana aparece poco en la historia, pero una vez instalada es dura de eliminar.

Marina Subirats